

Mas las cosas de aspecto varían;
Mis palabras son, Álvarez, serias:
De Diana hoy se trata, y veréis
Que este asunto á los dos interesa.
Cierta noche la fiebre atacóla,
Noche misma en que Carlos se ausenta,
De tan súbita marcha el motivo
Sin que á nadie en la quinta dijera.
De la fiebre sanó; pero loca
Ha quedado esa niña, cual véisla:
Él con ella casábase presto;
Que la amabais es cosa muy cierta,
Y que Carlos y vos esa noche
Conferencia tuvisteis secreta.
Desde entonces juntando los hilos,
He llegado á formar una cuerda
Que de ahorcarme tendrá si no ahorea
Al que en esto culpable aparezca.
Contestadme cual hombre: ¿infundisteis
A ese joven alguna sospecha
Que matara su amor á mi hermana,
Que dañara á su honor. . . . ?

—Me exaspera

Tal lenguaje en tu boca, Fernando:
No mereces, por cierto, respuesta;
Mas de dártela tengo, que el hombre
A quien hoy así agravias, te aprecia.
De un delirio funesto eres víctima:
El amor á tu hermana te ciega.
¿Quién ha dicho que no de la fiebre
Le provino esa extraña demencia
Que por grados su fuerza atenúa?
¿Por qué darle una causa diversa?
Convenceos, Fernando, y oidme:
Que la amé ¿quién dudarlo pudiera?
Mas no tuvo hacia mí simpatía;
Carlos llega, y á Carlos acepta:
Libre el campo le dejo, y mis labios
No profieren siquiera una queja.

En el baile de máscaras Carlos
A la pieza inmediata me lleva,
La careta se arranca, y, causándome,
Os lo juro, profunda extrañeza,
Refirióme ligero disgusto
Que con Diana esa noche tuviera,
Pues notó que, al bailar, dado había
A otro joven sobre él preferencia.
Yo culpé sus ridículos celos,
Él guardó misteriosa reserva
De la noche en el resto. A otro día
De su marcha veloz danme cuenta,
Y me asombro, pues no sospechaba
Que á ese extremo las cosas vinieran.
Os ha hablado ya el hombre injuriado:
El amigo en decirte se esfuerza
Que ni Carlos ni nadie la causa
Puede ser de que Diana esté enferma.
Cual amantes los dos se disgustan,
Con sobrada razón ó sin ella:
El contrato se rompió: aquél pártelo,
Y en su casa la novia se queda:
En el mundo sucede esto siempre
Sin que sea motivo de gresca.
Además, el doctor asegura
(Tú bien sabes que es pozo de ciencia)
Que en su máquina Diana llevaba
De ese mal la semilla funesta
Horas antes del baile. Me extendo
Al decirte con toda franqueza
Mi opinión, porque temo que vayas
Hacia Carlos pidiéndole cuenta
De su rara conducta: es un oso:
Pensará que á Diana le pesa
No atraparle, y, dejando rodeos,
Tú, Fernando, en ridículo quedas.”

Álvarez de Fernando así conjura
La cólera impotente y le desarma,
Tal como suele cariñosa madre
Con baratija de vistoso aliño
El enojo aplacar del tierno niño.

La demencia por grados abandona
A la pobre Diana: su mejilla
Torna á colorearse; pero mudo
Su labio permanece; del secreto
Que en su interior esconde, nadie pudo
Darse razón: siguió su mejoría,
Y á volver á la quinta comenzaban
Con su salud la paz y la alegría.

El partido que Álvarez regía
Triunfaba en esto: el nombramiento envióle
De ministro, que encuéntrale tomando
Taza descomunal de blanco atole,
Pues también los tribunos se alimentan.
Dispone su partida: en el espejo
Vióse y revióse, y de tan fiel registro
Sacó la consecuencia indubitable
De que tenía aspecto de ministro.
Jovial de la familia se despide,
Franca hospitalidad agradeciendo.
Diana allí estaba, y su delgada mano
Él con las suyas á estrechar se atreve,
Y ni siquiera, su verdugo siendo,
Sintió al partir remordimiento leve.

IV

El hombre que no puede reformarse, aspira á reformar la sociedad.—Investigaciones filosóficas.—Su inutilidad.—Carlos se dedica á las ciencias.—No puede olvidar lo pasado.—Carta de J.***—Depravación moral de Carlos.—Incidente cuyos detalles más tarde conocerá el lector, y que influyó de un modo funesto en la suerte de la protagonista.

Del Atoyác en la risueña orilla,
Cerca de Puebla la opulenta, Carlos
Fijó su residencia solitaria.
Llena el alma de tedio y amargura,
Quiso reconcentrarse algunos meses
Para estudiar, observador lejano,
La sociedad á que tornar debía.
Hallábase en la época sombría,
Que casi siempre á la desgracia sigue,
En que todo nos hiere; cuando hallamos
El desprecio pintado en los semblantes,
El odio acaso, por doquiera vamos.
Negando la verdad de los afectos,
Consideró los lazos de familia
Institución ridícula: olvidóse
De aquel dogma inmortal que solo admite
El tránsito del hombre por la tierra
Cual prueba de dolor, y á nuestros ojos
En lontananza un paraíso pone,
Premio al buen proceder. Vió á los humanos
Cual máquinas juguete de la suerte,
Y su desigualdad chocóle: el rico
Fué para él usurpador injusto
Del tesoro común: hirió su mente
El malestar del pobre, y se decía
Que acaso nivelando la riqueza,
La condicion moral nivelaría.
Dado á tan peligrosas abstracciones,
Para romper los eslabones viejos

Con que la sociedad se enlaza, quiso
Estudiar la política: su fuente,
Que es la historia, por él fué sondeada.
Todas las democracias turbulentas,
Los pueblos oprimidos bajo el yugo
De un déspota cualquiera, ante sus ojos
Pasando van, y en las primeras halla
De destrucción cual germen, la influencia
De la ignorante y ambiciosa turba:
Repugnan á su alma generosa
El destierro de Aristides, la muerte
De Julio César. Al tender la vista
Por los pueblos modernos, ve á dos de ellos,
Que de acatar la libertad se jactan
Más que los otros, con injusta guerra
Llevar á China su comercio el uno;
Eternizar la esclavitud el otro,
O ya tender la usurpadora garra,
Valido de la fuerza, al exclusivo
Dominio de la América aspirando.
Miró al absolutismo eternamente
Sobre extorsión y sangre alzar su trono,
Y aun la aureola de esos hombres raros
Que encadenar supieron la anarquía,
Obscurecida á trechos por las sombras
De su injusticia y su crueldad. No advierte
Que la felicidad para los pueblos
En el régimen cifrase adaptado
A su índole propia, y que inflexible
A raya tenga á la ambición bastarda,
Y á la virtud y al mérito enaltezca,
Siempre los adelantos promoviendo
Y el bienestar común.—Renuncia al cabo
A sus proyectos de reforma, viendo
De sus esfuerzos locos la impotencia,
Y queriendo ser útil á sí mismo,
Éntrase en los dominios de la ciencia.

Vedle por el jardín, clasificando
Cuántas hierbas y arbustos allí nacen;
Su biblioteca vasta consultando
Para saber si humilde florecilla
Que en el techo brotó de su ventana
Y que le sirve ahora de recreo,
Es de las conocidas por Linneo.
Vedle entre mil volúmenes, sudando
Por descubrir si los egipcios antes,
Embalsamaron sus mentadas momias
Por método difícil ó sencillo,
Con esencia de rosa ó de tomillo.
Vedle con el compás círculos varios
Trazando en el papel, radios en ellos
O diámetros y cuerdas y tangentes,
Y en duda de si un ángulo es agudo
O si es recto ú obtuso, parar mientes.
Sobre carta geográfica inclinado
Busca después la latitud de Viena,
Y, por error ó distracción, á Londres
Quiere hallar del Sahara entre la arena.
A su tejado sube, que habilita
De observatorio, y desde allí, cual Newton,
Nombra y numera las estrellas todas,
Puesto al rigor del aire y el sereno;
Y muchas veces, de entusiasmo lleno,
Suda y se desespera ¡hombre infelice!
Anhelando entre cien constelaciones
La Cabellera ver de Berenice.

Así cuando en sus alas la memoria,
Tendiendo el vuelo á los antiguos días,
Sólo trae recuerdos de amargura,
Para olvidar su dolorosa historia
Con avidez ocupaciones frías
En su aislamiento el hombre se procura;
Pero su distracción muy poco dura,
Que, al creerse curado, si la puerta

Abre del corazón, ve que allí moran
Vivo el dolor y la esperanza muerta!

Era la noche, y entregado al sueño
Carlos, su acalorada fantasía
De lo pasado la engañosa imagen
Ante sus ojos con afán ponía.
Otra vez á su lado está Diana
Inocente y leal; sus trenzas blondas,
Su rostro de ángel, su flexible talle,
Del lago azul en las inquietas ondas
Ve reflejarse, y su amoroso acento
De nuevo resonaba en sus oídos,
De su fe con el dulce juramento;
Mas de repente aléjase la joven
Y de seguirla Carlos trata en vano,
Que un poder invisible le detiene.
Ella el rostro volvió para decirle:
“Cuando yo estaba enferma y te pedía
Que me sirviera de sostén tu brazo,
Me le negaste; cuando yo en tu seno
Quise mi frente reclinar que ardía
Con fiebre destructora, tú, inflexible,
Me rechazaste de dureza lleno,
Y en espantosa soledad moría!
Carlos, jamás me llamaré tu esposa!”
Lleno de angustia el corazón, despierta:
Un helado sudor su frente baña:
El alba tarda de lluvioso día
Mezclaba ya sus tintas desiguales,
Y viento y agua con terrible saña
De su ventana azotan los cristales.
Pocas horas después llega un correo
Que le traía carta de su amigo.

“Carlos, querido Carlos! (le decía)
He respetado ya por tiempo largo

Tu soledad y tu silencio amargo,
Pues tu dolor inmenso comprendía;
Pero ya es tiempo de que al mundo vuelvas
A cumplir tus deberes: lo pasado
No debe así tenerte encadenado
Cual á inútil misántropo en las selvas.
¡Cierto que el golpe fué mortal! Que nunca
Tan pérfida creyera yo á Diana. . . .
Mas, respóndeme, Carlos, ¿tú lo viste?
Y aun mirándolo tú ¿no te engañaste?
Porque del alto pedestal de gloria
A que subido había, no comprendo
Cómo quiso Diana descendiendo,
Que la llamaran de su sexo escoria.

“¿Te acuerdas de la vieja que vivía
En la quinta, y sirvió, si no me engaño,
De Mercurio no fiel en tus amores?
Pues ha venido á la ciudad, enferma:
Ayer me hizo llamar; acudí luego,
Y me dió para tí la carta adjunta.
Yo, al suponer que su pobreza es honda
Y que en su carta auxilio te pedía,
Díle algunas monedas, y, no obstante,
En que te la enviara ella insistía,
Pues que llegue á tus manos le interesa.”

—¿Con qué derecho á traspasar mi asilo
Mis amigos se atreven? ¿Qué deberes
Me excitan á cumplir? ¿Qué les importa
Que yo consuma inútil existencia,
Si me conformo con vivir tranquilo
Desde que conocí por experiencia
Que el vicio triunfa y la honradez aborta?
Y esa mujer que mi piedad reclama
Porque el horror de la miseria siente,
¿Ignora que es mayor mi desventura?

¿Ignora que sospecho que en la trama
Contra mi dicha urdida, andaba ella,
A mi rival sirviendo y á su ama?
¡Oh! padecer es el común destino!
Tenga para sufrir filosofía:
Yo no puedo ni quiero dar consuelos
Que ningún ser humano me daría.

Dijo así Carlos, y en su mesa arroja
La carta de la anciana sin leerla.
Su corazón estaba endurecido,
Muerto á la compasión: él de rodillas
Al extremo del mundo hubiera ido
Por escuchar lo que el papel contiene,
Y semejaba al caminante ciego
Que, de la sed quemado por el fuego,
No ve la fuente que á su lado viene.
Así tal vez su orgullo, su inclemencia,
De que haciendo él está punible alarde
Que ha de lavar con lágrimas muy tarde,
Castiga inexorable Providencia.



TERCERA PARTE.

I

Juicios que ha de abrigar el mundo con respecto á Diana.—Una lágrima sobre un sepulero.—Temores del autor.

Ignoro si al mirarte bosquejada
En mis humildes versos, habrán dicho
Que en el mundo no existes y engendada
Fuiste de necio autor por el capricho.
Te confieso —pues eres reservada—
Que todo eso lo había yo predicho:
Tu sensibilidad, tu amor profundo,
Son exóticas plantas en el mundo.

Tal vez alguno que impaciente aguarda
El fin de esta leyenda, piensa ahora
Que te disfrazo y que mi pluma tarda
En ser de la verdad reveladora;
Y se figura ya verte gallarda,
Diana entre las selvas cazadora,
Con flechas mil que á tu carcaj reservo
Hiriendo audaz al espantado ciervo.

Otros dirán que existes y que acaso
Me enamora tu encanto peregrino;
Que ante tí me prosterno y á tu paso
La huella beso de tu pie divino:
Que ser no quiero en tu alabanza escaso
Porque de gratitud aguardo en sino
Leve sonrisa de tu boca pura,
Mirada intensa de inmortal dulzura.